

Brown, W. (2023): *Tiempos nihilistas*, Madrid, Lengua de Trapo, 117 pp.

David del Pino Díaz

Universidad Nebrija de Madrid, España ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/poso.92527>

Envío: 14 noviembre 2023 • Aceptación: 26 febrero 2024

Se acaba de publicar el último trabajo de la pensadora estadounidense Wendy Brown, *Tiempos nihilistas*, en la editorial Lengua de Trapo. La reciente obra de Brown consiste en versiones ampliamente revisadas de las conferencias Tanner sobre los valores humanos que pronunció en la Universidad de Tale en noviembre de 2019. La autora profundiza en dos conferencias particularmente conocidas de Max Weber, *La política como profesión* y *La ciencia como vocación*, pronunciadas a petición de los estudiantes de la Universidad de Múnich en 1917 y 1919, para pensar un conjunto de problemáticas que todavía siguen siendo relevantes: la relación entre la política y el saber bajo el lóbrego horizonte del nihilismo, la política y la ética una vez que se ha producido la deflación de los valores y la política y el pluralismo en un contexto de fuerte polarización social.

En la introducción (pp. 9-28) se abordan las características de la desorientación contemporánea, donde las coordenadas filosóficas, sociales, económicas, políticas y ecológicas de los valores que otrora orientaban la visión del mundo social en los países occidentales se han visto profundamente desestabilizadas. Una coyuntura histórica marcada por una honda orfandad en los valores que produce el ascenso, tanto en la época de Weber como en la nuestra, de fuerzas reconocidamente antidemocráticas en las democracias liberales asentadas.

Para Brown, es necesario volver a un pensador oscuro como Weber, pues necesitamos a intelectuales que no se resignen a someterse a fatalismos o apocalipsis. Si bien el pensador alemán daba cuenta a comienzos del siglo xx de que el proceso de racionalización y las fuerzas del desencanto convierten todo en instrumento, no es menos cierto que Weber buscaba vigilar la separación típicamente moderna de las esferas de acción (política, religión y conocimiento), y los principios que legitiman a cada una de ellas. Así, a pesar de que la política esté envuelta por el nihilismo, se transforma en el único espacio para contrarrestar su deriva en formas de poder irresponsables y violencia; de aquí la importancia que tendrá el liderazgo carismático en la obra del alemán. En palabras de Brown: “En una era secular, racionalizada y nihilista en la que la autoridad religiosa y cultural se ha desintegrado, la política adquiere una importancia sin precedentes para la articulación, justificación, impugnación y búsqueda de valores” (p. 25).

De este modo, el objetivo principal de esta obra consiste en reflexionar sobre el pensamiento de Weber para analizar nuestro complejo presente. En el primer capítulo (pp. 29-68) dedicado a la conferencia *La política como profesión*, se presenta la fuerte deuda intelectual que contrae Weber con el pensamiento de Nietzsche, en particular con la idea de la desintegración y trivialización de los valores que han posibilitado la comprensión del mundo durante los últimos siglos.

Para Weber, las fuerzas de la racionalización y el desencanto del mundo, la burocracia y el capitalismo aceleran el proceso de corrosión de toda fuente de autoridad para juzgar moral o políticamente cualquier acción social. Estas fuerzas desplazan cada vez más las tomas de decisiones y las acciones fundamentadas en valores. De este modo, comenta Brown, la genialidad de *La política como profesión* consiste en abordar la problemática del nihilismo y en proponer el liderazgo carismático vinculado con la ética de la responsabilidad para orientar la pérdida de los fundamentos morales y sortear todos los poderes políticos diabólicos (p. 41).

Solo la aparición de un liderazgo carismático puede reencantar un ámbito político fuertemente atravesado por dinámicas de cinismo, resignación, apatía y violencia; es decir, que la irrupción de líderes carismáticos implica una forma de resistencia, tal vez la única piensa Weber, a las fuerzas de la racionalización que nos gobiernan, la burocracia y el capitalismo: “Esta figura alberga una esperanza revolucionaria que no se corresponde ni con el mito ni con la utopía, al tiempo que rompe las cerrazones del presente” (p. 65).

Lo que observa Brown es cómo la posición de Weber con respecto al líder carismático supone una respuesta alternativa a liberales y marxistas, ya que, precisamente, la tarea histórica de alguien comprometido con un orden justo en tiempos de desorientación consiste en educar el *deseo* (esperanza, miedos y frustraciones populares) hacia un proyecto político responsable y éticamente convincente: “Weber respondió a la crisis de la política europea de su época renunciando a la democracia sustantiva y manteniendo una (débil) esperanza en el liderazgo carismático responsable” (p. 67).

En el segundo capítulo (pp. 69-98) se presenta la lectura crítica de *La ciencia como vocación*, conferencia en la que Weber traza la separación entre hechos y valores, aunque lejos de acabar con los valores en el ámbito académico, busca que sean analizados como principios éticos y políticos que empujan a la acción, el poder y la violencia. De este modo, Weber llama la atención a los académicos para que analicen científicamente el debate sobre los valores, aunque sean plenamente conscientes de que tanto el origen como su finalidad teleológica se encuentra fuera del ámbito científico. Su compromiso consiste en la deconstrucción fría, sosegada e imparcial de los valores; a saber, tratar los valores como objetos que deben estudiarse a través del análisis histórico y comparativo o, dicho de otra manera, mediante sus consideraciones lógicas, pero no como verdades incuestionables.

En este sentido, la firmeza científica de Weber tiene como objetivo congelar los efectos perniciosos del nihilismo en la academia. En un momento en el que los alumnos ansían estructuras sólidas de sentido y delimitación de valores últimos en un mundo de profunda orfandad moral, solo aislando el carisma en la enseñanza el aula puede desentrañar los misterios del mundo a partir del intelecto y la capacidad de razonar: “El aula, insiste Weber, es para formar, no para moldear a los alumnos. Allí se deben desarrollar capacidades intelectuales, no inculcar cosmovisiones” (p. 81).

Weber es perfectamente conocedor de que tras la Primera Guerra Mundial existe el anhelo de la llegada de un profeta y la imposibilidad que tienen sus compañeros en la academia de resistirse a sus encantos. Una de las ideas más importantes de esta conferencia es que Weber se resiste a llenar el vacío de sentido que ha dejado el nihilismo, para lo que propone la espiritualización o la politización del conocimiento (p. 96). Así, el propósito del académico es ayudar a los estudiantes a arrojar luz sobre el sentido de sus propias acciones: “En este caso, Weber lucha por una posición en la que los valores no fundados en el intelectualismo puedan desarrollarse y apoyarse en él” (p. 97).

En último lugar, Brown en el epílogo muestra la importancia de volver a Weber en virtud de proteger los ámbitos de la política y el conocimiento en el tardocapitalismo. En este orden de cosas, Weber asegura que en el contexto del nihilismo el conocimiento se vacía de toda pasión y la política funciona como su combustible. En este sentido, Weber se opuso tanto a la romantización y politización de la vida académica como al predominio de las máquinas inhumanas en el ámbito político. Asimismo, esta discusión crítica con Weber permite a Brown afirmar que es en el aula donde se puede profundizar en los valores como algo mucho más complejo que opiniones, ideologías o lealtades partidistas o religiosas: “Es allí donde pueden examinarse genealógica, cultural, económica y psíquicamente como complejas formaciones reactivas o como reminiscencias teleológicas” (p. 110).

En definitiva, la interpretación que realiza Weber de los valores como una naturaleza intrínsecamente creativa en su formación y de la política como el lugar donde se da la contienda por el valor, es lo que le llevó a rechazar tanto el esfuerzo kantiano de la fundamentación universal de los valores como la incrustación en el materialismo dialéctico de la corriente marxista. Para Weber, los valores son el reflejo de nuestra capacidad política de crear el mundo de acuerdo con los propósitos elegidos, y este esfuerzo es el único que permite al pensador alemán considerar un atisbo de esperanza en un mundo atravesado por la deflación de los valores en el nihilismo. En palabras de Brown: “Este nuevo compromiso también implica abrazar el manantial puramente humano de los valores y nuestro complejo vínculo humano —intelectual, emocional, psíquico, cultural e histórico— con ellos. Lejos del nihilismo que algunos atribuyen a este abrazo, solo él contiene la promesa de la superación del nihilismo” (p. 117).